



### El Doctor Luis H. Debayle

Estamos seguros al poder asegurar que no hay en estos momentos en Centroamérica una figura médica más gloriosa que la de Luis H. Debayle.

Nos hace la impresión ese gran viejo de un inmenso árbol, de las selvas tropicales cuya sombra cubre una área incommensurable.

Podrá haber a sus pies robles más frondosos, con retoños plétóricos de más vigor, de más sa-

via por ser más jóvenes; pero de ningún modo opacan ni empequeñecen la grandeza del árbol milenario cuyas profundas raíces, el pasado, lo mantienen enhiesto, desafiando los vendavales y venciendo la carcoma.

El Dr. Debayle hábil cirujano, formidable clínico, maestro insigne, siempre niño a pesar de que hace mucho tiempo que es viejo, llena cuarenta años de la historia médica de Nicaragua

con fulgores excepcionales quizás no igualados por ninguno otro en Centroamérica.

Espíritu inquieto, por desgracia, lo mismo ha quemado la llama de su vida en los campos de la cirugía que en los de la medicina, en los de metafísicas combinaciones financieras como en los de los agotadores deleites que proporciona el divino pecado. Lo mismo ha saciado su sed inagotable de perfección y de grandeza en la fuente milagrosa de Castalia que en las aguas cenagosas de nuestra política tropical.

Lástima grande que ese cerebro extraordinario y que ese corazón tan puro como el de Darío, que conoce todas las flaquezas del cuerpo y ninguna de las del espíritu, hayan sido tan grandes que no pudieron enfo-

car todo su poder hacia el campo de la Medicina y de la Cirugía, que de haber sucedido así hubiéramos tenido en Luis Debayle una figura mundial extraordinaria.

Pero está escrito que esos cerebros superiores tienen que ser multifacéticos y ávidos de luz quieren recibir sus rayos lo mismo de la humilde chispa de una oruga que del inmenso horno de un sol.

Pero a pesar de eso, repetimos, Luis H. Debayle es la figura médica más gloriosa de Centroamérica y sobre sus divagaciones, sobre sus flaquezas de hombre grande, sobre sus extravíos, se yerguen luminosos su cerebro y su corazón como una antorcha y una pira.

*R. D. Alduvín.*